

---

## CAPITULO II

*Febrero*

Un consejo que me permito dar á los que estudian á las mujeres: fíjense en el diverso modo que tienen de hacer parar los tranvías, tanto desde la calle como desde el interior, y esto les dará gran luz para juzgar de su carácter. Algunas agitan en alto la sombrilla, de lejos, como un capitán de caballería agita su sable, y lanzan un *¡pare!* imperioso, arrugando el entrecejo y tendiendo el brazo, como para dar una orden á un marido rebelde; otras agitan la mano á la altura del hombro, como al llamar á cualquiera, ó la levantan graciosamente con dos dedos extendidos, con el gesto de la colegiala que pide algo á la maestra: mujeres de bue-



na pasta, á lo que parece. Es infinita y rica de matices psicológicos la gama de los *¡pare!* argentinos ó graves, trémulos ó suaves como arrullos de tórtolas ó acentos de amor, ó duros y cortantes como el *¡no!* de una virtud inexpugnable. Las que tienen el *¡pare!* suave, se apresuran á subir, excusándose aún de su retardo con una tímida mirada y sonriendo; las otras, aun cuando estén lejos, no se apresuran y no prestan atención á los signos de impaciencia que hacen los viajeros, antes al contrario, suben con una cara de reina ofendida. Son más distintos todavía los modos de hacer parar los coches para bajar. Unas se levantan de repente y dan un tremendo tirón de la correa del timbre, como un amo iracundo que llama á su criado; otras hacen un signo tímido al conductor para que haga parar el coche, ó, si están en la plataforma, tocan delicadamente con el índice la espalda del conductor y le dicen al oído, como en el confesonario, *si quiere hacer el favor de parar un momento*. Se advierte en muchas, especialmente en las damas de alta clase, que la cortesía excesiva, casi la humildad con que se dirigen al cochero, depende del concepto que tienen de la brutalidad de los hombres del pueblo y de su odio contra los señores. Con aquella humildad intentan amansarlos, y sucede que á veces los empleados corresponden á ella con verdadera grosería, no por mala educación, sino porque se dan cuenta de la razón que les obliga á usar de tanta cortesía y que les repugna por tal motivo.

\* \* \*

Repasando y clasificando estaba esas observaciones hechas en mi fuero interno, cuando de repente subió y se quedó á mi lado, en el tranvía de Viali, cerca de la Mole Antonelliana, un joven conocido mío, un muchacho hercúleo, fresco y sano como una rosa, ahijado de un rico propietario, aficionado á la pintura á ratos, simpático en grado sumo, por una mezcla original de ingenuidad y malicia, y compañero amenísimo de excursión, pues conocía á medio Turín. Seguí en voz alta el curso de mi pensamiento.

—¡Ah!—exclamó.—¿Hace usted observaciones acerca de los tranvías? También yo.

Había hecho también estudios acerca del «erotismo tranviario»; pero preferentemente se ocupaba en un orden especial de estudios: era un *especialista* del bello sexo.

Explicándome estaba sus observaciones, cuando se interrumpió para mirar á una señora que se hallaba en el interior; luego me preguntó si recordaba dónde había subido aquella señora.

—En la plaza Víctor Manuel, me parece.

—Perdone,—añadió.—¿Ha observado usted si tomó billete de *combinación*?

—No lo he notado.



Recapacitó un momento, y luego:

—De fijo que lo ha tomado—afirmó.—Es un caso raro. Recorre todas las líneas é invariablemente toma billete de *combinación*. Debe tener algún motivo para ello: ya para despistar á los curiosos, ya para desviar á cualquier espía que debe de temer siga sus pasos.

Le pregunté quién era. Lo sabía, pero no quiso decírmelo.

—Es la señora... de las *combinaciones*,—dijo sonriendo.

Y me habló de su especialidad. Se divertía indagando intrigas amorosas. Háblome de que acechaba á una señorita de familia conocida, que subía siempre al tranvía con la doncella, pero fingiendo no ir con ésta, y en un punto dado bajaban las dos, tomando cada una por su lado; allí había un secreto que no había podido descubrir aún. ¡Ah, los tranvías! ¡Qué de facilidades había dado á los amantes y qué de tormentos á los celosos! El conocía maridos celosos que prohibían en absoluto á sus mujeres tomar un tranvía; que antes que subir con ellas á una plataforma ocupada, cuando el interior estaba lleno, andaban dos kilómetros sobre la nieve, y que cuando se veían obligados á introducir á su cara mitad en aquel círculo de hombres de pie, vigilaban con ojos de basilisco las caras de todos y sufrían los tormentos del infierno. A uno había oído decir que el tranvía era inmoral, que los coches eran vehículos de escándalos, casas ambulantes de pervertidas costumbres. Por otra parte, sabía de algunos que consideraban el tranvía como una ins-

titución de policía conyugal. Una señora hacía presentar á su marido los billetes para ver si, efectivamente, había ido adonde le dijera, y que cuando su víctima le decía:—«Voy á tal barrio,» marido y mujer se topaban de nuevo; ella contenta por no haber sido engañada, él indignado de que le hubiesen seguido; y gresca al canto.

—La línea más á propósito para las citas amorosas,—me dijo luego,—es la de la plaza de Castello á la carrera de Niza.

Le pregunté por qué.

—No lo sé,—contestó;—pero es un hecho. Hablaremos más despacio.

Y cuando ya iba á bajar, se detuvo para decirme:

—Entre tanto, vea usted allí una escena que creo ha de interesarle.

Era, en efecto, una escena amenísima. Agrupada á un lado de la vía, estaba una familia numerosa compuesta de dos viejecitos, tres muchachas y dos niños, que avisaban al cochero que parase, agitando todos á una, entre la niebla, un bastón, cuatro sombrillas y no sé cuántos pañuelos, con los brazos en alto, con movimiento regular y continuo, como un grupo de náufragos sobre un escollo, pidiendo socorro á un buque que pasara á la vista.

—Frecuente usted la línea de la carrera de Niza—me dijo el pintor bajando.—Hallará usted muchos *documentos*.

\*  
\* \*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

31031



Precisamente aquellos días hube de frecuentar aquella línea para visitar á un antiguo amigo enfermo que vivía en la carrera de Galileo. Y fué para mí un placer nuevo advertir, en aquellas madrugadas grises de invierno, por la larguísima calle recta que recuerda las de Londres y París, cómo la ciudad va poco á poco diseminándose, si así puede decirse, hasta que, al llegar á la carrera de Niza, cosas y hombres respiran ya la quietud del campo. Al cabo de bien pocos días conocí la línea. A las diez llegaba la *cantinerera*, el coche consolador que lleva á la plaza Manuel Filiberto la comida de conductores y cocheros, el cargamento de los suspirados cestos, enviados unos por la cocina económica de la «Sociedad Turinesa», otros enviados á la Sociedad ó entregados á la mano á los conductores á lo largo de la vía y recomendados como un niño por las mujeres y muchachas, apostadas cada día en el mismo punto y hora, como para una cita amorosa. Volviendo al mediodía, hallaba el tranvía de los «empleados», aquel que, partiendo de la plaza Castello á las once y media, recoge á lo largo de su trayecto en el arrabal de San Silverio, á todos los dependientes que van á comer á sus casas, bostezando formidablemente, con las caras alargadas por el hambre y los ojos inquietos de impaciencia. A veces, volviendo al cerrar la noche, subía al tranvía en que toman asiento las familias que viven en las afueras y van al teatro, entusiasmadas por tal proeza, como si fuesen á Turín desde otra ciudad, hablando alto y atropelladamente y semejantes á un grupo de estudiantes que parten en busca de

aventuras. Y entre uno y otro trayecto, observando los caballos, en tanto que esperaba en la Barrera, empecé á sentir simpatía por aquellas pobres bestias, procedentes casi todas de Hungría y compradas en las ferias de Sunigo, Tovara y Padua; algunas hermosas aun y vigorosas, otras con las manos dobladas, estropeadas y deformadas por esparavanes y mataduras, conocidas y designadas por extraños nombres que les puso la fantasía de los empleados un tanto leídos.—Esparta, Ovo, Falo, Rabargás, Ministro, Bibí, Novelista, Coronel, Episodio, Camelia, Gorrión, Senado, y otros y otros;—bestias destinadas á pasar de los tranvías á los simones, á los carros, á las máquinas, á los coches fúnebres, á los carromatos de saltimbanquis, para dar, al cabo, al hombre su carne, su piel y sus huesos, después de haber trabajado diez años en su servicio y dejado la vida bajo su látigo...

\*  
\* \*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Desde el primer día conocí en aquella línea un cochero típico; y doy á esta palabra su verdadero significado, porque era de aquellos que en cada una de las familias de empleados y operarios resumen el malhumor, la tirria y el espíritu de rebeldía de la colectividad. Era un hombre robusto, con la cabeza hundida entre los hombros, con una cara color de barro cocido, barba hirsuta y voz de



trueno. Mugía en su sér una tempestad continua. Mascullaba sin punto de reposo pestes y más pestes contra las bicicletas que pasaban, contra los pájaros que espantaban los caballos, contra los carreteros que obstruían la vía, contra quien subía ó bajaba, contra los animales del tiro, contra el látigo, el timbre, el cariz del tiempo. Y cuando no blasfemaba en voz alta, lo hacía con sus más pequeños movimientos, con el modo de crugir la fusta, de tirar de las riendas; de volver la cabeza y los ojos, de echar el freno y patear; y cuando no la emprendía directamente contra alguien ó contra algo, murmuraba interminables soliloquios ininteligibles mirando á lo alto, como si un enemigo visible para él sólo, le próvocara bailándole delante en el aire, y se desfogaba silbando sin necesidad, rabiosamente, como si silbara á la creación entera. Desde la plaza Castello á la *Barrera*, no lo vi humanizarse un momento; parecía encerrar en sí mismo toda la ira de un pueblo; no comprendía yo cómo no estaba. Pensé que si tenía mujer ya podía contar con el paraíso. Le llamaban *Tempestad*, y le venía de perilla el mote. Muchos pasajeros se burlaban de él, pero á mí me causó compasión, porque un pobre diablo que pasaba el día de aquel modo, se condenaba á sí mismo al más cruel suplicio que pudiera desearle su más encarnizado enemigo, y me parecía más digno de compasión, porque por cada *Tempestad* que hay entre los cocheros, existen diez entre los pasajeros, que ponen á prueba la paciencia de sus colegas como aquél ponía la nuestra.

\*  
\*  
\*

A la familia de *Tempestad* pertenecía aquel señor obeso, de bigotes pintados, que al día siguiente hizo signo de parar en la esquina de la plaza Carignano y calle de Amadeo. Hizo la señal de una manera tan vaga, que el cochero, un larguirucho con nariz aguileña, creyó que la dirigía al tranvía de Vanchiglia, que cruzaba con el nuestro, y, después de mirarle, continuó la marcha. Pero aquél echó á correr al lado del tranvía, gritando y haciendo signos con el bastón y, apenas en la plataforma, embistió al cochero.

—¿Qué modos son esos? Te hice seña de parar, y no te ha dado la gana. ¡Eso es una bribonada!

El cochero, resentido, se defendió; disputaron; apareció el conductor, un muchacho de bigote rubio y aspecto pacífico, que tuvo la malaventurada idea de defender á su compañero. El otro cerró contra él y amenazó con dar parte á la Dirección.

—No porque quite un día de pan á mi familia,— replicó el cochero,—tendrá usted razón. Y entre tanto, no me trate de *tú*.

El señor obeso le miró con estupor; parecía más sorprendido de la última observación que de las demás palabras.



—Conozco el reglamento,—bramó.—Se trata de usted á los inspectores y á los conductores, y de tí á los mayores.

—Esa es una regla,—contestó el otro,—que reza con el personal entre sí, pero no con los pasajeros.

—Ya lo sabré en la Dirección,—repuso el de los bigotes, sacando un libro de notas para apuntar el número del coche.

—Apunte, apunte.

—No tengo necesidad de su permiso.

El conductor intervino de nuevo con palabras de concordia, y aquel hombre violento se aquietó; pero permanecía de pie en la plataforma, mirando con rostro de numen irritado. ¿Dónde había visto yo á aquel señor? No me acordaba; pero ciertamente conocía á muchos que eran de su parentela moral; los había visto en todas ocasiones y en todos los países, disputar con camareros de fonda y con mozos de café, con dependientes de comercio, con mandaderos y mozos de cuerda; tratando de tú á todos, aunque tuvieran treinta años más que ellos, demostrando un mal carácter á toda prueba, un odio instintivo. Era uno de tantos para quienes la sociedad parece que se divide en negros y blancos, y no comprenden cómo entre aquellos pueda haber uno solo que tenga amor propio; que, tratando con los negros, juzgan lógico y natural emplear los malos modos; que no esgrimen el bastón como sus antepasados, porque les inspiran temor los puños, pero que, por invencible atavismo, á veces lo levantan aún y hablan de él continuamente; que á esta regla de conducta ajustan sus ideas políticas,

designando á cuantos hablan de libertad, de igualdad, de los derechos de los humildes, con este solo y comprensible apóstrofe:—*I baloss*.—¡Facinerosos!

El del bigote pintado, bajó desdeñosamente en la carrera Víctor Manuel. El conductor le miró alejarse durante un momento, y dejó escapar un *psel* sugestivo.

—Mal parroquiano ¿eh?—le dijo un pasajero.

El conductor meneó la cabeza. Le conocía de años. Era la calamidad de aquella línea; hacía dos viajes por día; no pasaba semana que no se pelease con alguien. Una vez armó un escándalo porque el conductor, antes de devolverle el cambio, miró su moneda de una lira con desconfianza. En otra ocasión les había amenazado con una queja, porque el revisor rompía los billetes *en sus barbas* del pasajero, lo cual era una falta de respeto, en vez de talarlos con un sacabocados, como hacen en el ferrocarril. Y se «quejaba» en efecto. En la Dirección debían tener un fajo enorme de cartas suyas. Todo el «personal» de la Sociedad le conocía. Llamábanle *tintura Migone*, por la del bigote. En cuanto subía, todo el mundo se ponía á la defensiva, preparándose á un choque.

Y el conductor añadió:

—¡Si á lo menos fuese el único!

—¿Hay, pues, muchos de esa casta?—preguntó el pasajero.

El conductor le miró y sopló con fuerza dentro de la bocina, lo cual fué al propio tiempo una respuesta y un aviso al tranvía del Valentino, que iba á cruzar. Después explicó que, quisquillosos y bru-



tales como el de los bigotes, había pocos; pero que formaban un gran regimiento los que, sin motivo alguno, se quejaban á cada instante y apuraban la paciencia de los empleados porque los cristales dejaban entrar el aire, porque las cortinas de las jardineras eran cortas, porque los billetes eran demasiado pequeños, porque los cocheros apestaban el coche al sentarse en su interior durante las paradas, porque los asientos eran incómodos y las puertas pesadas, y en fin, porque no podían estar dentro del carruaje sin murmurar de esto y de aquello y de lo de más allá.

—Hay que convenir,—terminó,—en que hay mucha gente que no sabe qué hacer. No crean ustedes que sea una gran vida la nuestra. —Luego, señalando hacia afuera, añadió con resignación filosófica:—Pero, cuando se ven á esos...

Miré en la dirección que indicaba y ví venir un tranvía de bote en bote. Todos los pasajeros eran jóvenes. Los de la plataforma delantera iban de cara á los caballos, tiesos, inmóviles, con la cabeza alta, en la actitud de las estatuas: eran todos imberbes y pálidos, con algo que les era común en la expresión del rostro, un no sé qué mudo y triste, como si tuvieran todos un mismo pensamiento; era como un pelotón de presidiarios. El coche corría. Ví dentro dos líneas de rostros, también inmóviles, rígidos, con aquella misma expresión indefinible, casi de severo recogimiento, cual si todos estuvieran absortos en la audición de una música grave, que viniera de lo alto y cada uno creyera que él sólo la oía. También la platafor-

ma trasera estaba ocupada por otro grupo de aquellas estatuas vivientes, de rostro lampiño y sin sonrisa, rígido y mudo; había entre ellos algunos niños que tenían igual expresión que los adultos, como si perteneciesen á una raza dotada solamente de juventud fisiológica, para la cual la vida del espíritu fuese una vejez pensadora. Pasaron tan rápidamente, que no pude darme cuenta exacta de quienes eran. La voz del conductor me sacó de dudas.

—Son los ciegos del instituto de la calle de Niza; toman siempre á precio reducido un coche para ellos solos.

\*  
\*\*

No ví ninguna de aquellas escenas amorosas de que me había hablado el pintor; no sería ocasión propicia; pero me cupo en suerte en aquella línea, el último día, uno de los mejores viajes posibles. Porque (deben haberlo observado ustedes), hay en el tranvía viajes buenos, en que todas las impresiones son agradables, y malos, en los que sólo se recibe una serie de pequeñas molestias ó de disgustillos. Mi buena ventura empezó en la línea del Martinetto, yendo á la plaza Castello para tomar el tranvía de la Carrera. Era un mediodía espléndido. Estaba en la plataforma Carlin, el conductor «afri-



canista», feliz por la marcha del coronel Pittaluga á Assab, desde donde se decía que iba á penetrar en el Harrar con un cuerpo expedicionario. Su plan de coger entre dos fuegos á los abisinios estaba á punto de realizarse, y de él hablaba con un guardia municipal.

—¡Están frescos!—decía.—¡Están frescos! ¡Perros negros! ¡Ni uno, ni uno sólo ha de volver á su perrera!

Parecía que fuese él quien sugiriera la operación al Ministro de la Guerra; sus ojos cantaban victoria. Advertí, sin embargo, que su curiosidad no buscaba sólo asuntos guerreros en los periódicos, pues le oí preguntar al poco rato á un pasajero acerca de aquel profesor austriaco dotado de dos ojos diabólicos que veían á través de una caja cerrada. Comprendí, por la respuesta, que se refería á los rayos Röntgen, y noté también que la explicación acababa de embarullar sus ideas, cosa frecuentísima entre doctos é ignorantes, aun en política. Que un hombre tuviese una vista tan potente que le permitiera ver á través de la madera, aun cuando fuese extraño, podía comprenderlo; pero la explicación de los rayos eléctricos, resultaba abstrusa para él y poco menos que incomprensible. Estuvo un momento recapacitando, y luego volvió á la campaña de Africa, en la cual veía más claro por lo menos.

En la plataforma trasera, estaba el señor de la *Gazetta del Popolo*, que no había hallado libre su rincón preferido, y en el interior, en el fondo, la muchacha del arrabal San Donato, lastimosa, con

un parche verde en un ojo. En el cruce de la calle Siccardi subió el joven, su supuesto novio, que la saludó con su acostumbrada sonrisa melancólica, y se sentó enfrente de ella. El caballero, de pie frente á mí, leía la *Gazzetta*, repasando probablemente lo que hubiera leído de prisa por la mañana. Quizá la leía en dos tirones. Encontrándose en un momento dado nuestras miradas, ví que no había perdonado mi apreciación de la calle Garibaldi, que debió parecerle ofensiva. La atmósfera estaba limpidísima: por las veinticinco calles laterales, el sol enviaba otros tantos torrentes de luz que alegraban, la sombra severa de la calle larguísima, y de un lado las grandes masas de los Alpes, blancas y azules, y de otro la fachada clásica del *Palazzo Madama*, con todos los cristales centelleantes, ofrecían una de las perspectivas más admirables que la naturaleza y el arte, *frente á frente*, pueden dar á los dos extremos de una vía urbana. Habiendo subido el primer secretario del Ayuntamiento, que es poeta y artista, le dije:

—¡Qué hermosa es la calle Garibaldi! ¿Verdad que parece que estemos al mismo tiempo en París, en Nápoles y en los Alpes?

Al oír aquellas palabras, el caballero levantó los ojos de la *Gazzetta*, dió una ojeada á la calle y á los Alpes, y luego me miró á mí con una mirada rapidísima y dignamente benigna, que casi significaba mi perdón.

—Gracias sean dadas al cielo,—pensé;—ya tengo abierto el camino para conquistar su corazón...

El viaje empezaba bajo buenos auspicios.



\*  
\*  
\*

En la esquina de la calle Botero, una aparición inesperada llamó la atención de todos los pasajeros. Subió y sentóse en el interior una pareja matrimonial. Parecían ingleses, casados y ricos. Eran dos ejemplares de los más bellos que se hubiesen visto nunca de la raza anglo-sajona, un atleta y una amazona, los dos con los cabellos de oro, los ojos de zafiro y las mejillas rosadas; dos esplendores de juventud, de fuerza, de belleza, de amor y de fortuna, de aquellas criaturas que la naturaleza parece haber hecho una para otra, para dar gallarda muestra de lo que puede, y que dejan, por donde quiera que pasan, como un estremecimiento de admiración y de envidia. Todas las miradas se fijaron en ellos, y hasta Carlin prorrumpió en una exclamación admirativa:

—¡Hermosa pareja!

—¡Ah! los dos pobres prometidos de San Donato, ¡cuánto más pobres y desdichados parecían al lado de aquellas dos grandes y pomposas flores británicas! Sentí hacia ellos una piedad profunda, como contemplando las víctimas de una cruel injusticia. La muchacha, sobre todo, me inspiró compasión. Miraba á la señora que estaba á su lado, y que le llevaba toda la cabeza, volviendo por completo la cara para verla con el único ojo que tenía descu-

bierto; la miraba como á una criatura excepcional colocada tan por encima de ella que no pudiera ni siquiera envidiarla, y su ojo dilatado expresaba una admiración tan ingenua, una simpatía tan bondadosa y á la par una resignación tan humilde con la propia inferioridad, que en aquel momento parecía bellísima; bella como una de aquellas palabras que fulguran en los libros santos y que, en un instante de desesperación suprema, aparecen como por primera vez á nuestros ojos é iluminan nuestro espíritu con luz jamás recibida. Observé todos sus movimientos. Un momento después, fijó su mirada con expresión igualmente benévola, pero menos viva, en el caballero; y luego buscó los ojos de su amigo y se miraron ambos un momento, diciéndose sin hablar:—¡Cuán bellos y afortunados son! ¿verdad? Pero, mirándoles, más me acerco á tí todavía, porque pienso que ellos tienen otras dichas y que yo te tengo solamente á tí, y que nosotros fuimos creados el uno para el otro.—Cuando el joven se levantó para bajar en la plaza Castello y la alargó la mano, su rostro se cubrió de un ligero rubor, quizás porque pensaba que los presentes hacían una comparación entre ellos y los otros; y su rubor se reflejó por un momento en el rostro de él. ¡Pudor de la fealdad y de la pobreza, más hermoso que el de la inocencia!

En la plaza, entre la gente que esperaba la salida del tranvía de la Carrera, me llamó la atención un hombrecillo, sin pelo de barba, que tenía la facha de un cómico de la legua y observaba con atención grande y ojos sonrientes los dos **caballos** del



tiro. También les observé yo á mi vez. Se acariciaban como dos hermanos carifiosos: uno metía el hocico en la crin del otro, restregándolo suavemente, acercaban las cabezas tocándose las sienes, se apretaban, la boca del uno se deslizaba hasta la oreja del compañero, moviendo los ojos y medio cerrándolos como si se hablaran, como si uno á otro se consolaran de la dura vida presente con la predicción de las horas que habían de pasar andando el tiempo, dormitando, enganchados á los simones que esperan la salida de la gente del teatro y de las estaciones, á la vista de los cocheros soñolientos. De repente el hombre lampiño me dirigió la palabra, como á un antiguo conocido:

—¡Cómo se acarician los pobres *Effendi* y *Cáliz*! tienen cuatro y cinco años; son aún jóvenes, pero desiguales, uno fuerte y otro débil; ¡maldito lo que aprovechan uno á otro!

—Un «tranviófilo»,—pensé. No me fué preciso más para reconocerlo. Un momento después añadió:

—¡Es una gran línea ésta!

Era un aficionado á la *Sociedad Turinesa*.

Cuando arrancó el tranvía, continuó su charla diciéndome cuál era la cifra de recaudación diaria y extraordinaria de la línea de Niza, «la reina de las líneas», con aquel acento de complacencia y énfasis con que muchos pobres diablos citan la cantidad de riquezas de un millonario, pareciendo que hacen sonar en su mente los saquitos de moneda, y como si por un momento se hicieran ilusiones de propia posesión.

El trayecto de la plaza Castello, hasta el punto

de parada, fué amentísimo. Cerca de la plazuela de Lagrange, mientras corría el tranvía, una señora joven y elegantemente vestida, que estaba esperando en la acera, tomó carrera, dió un salto y, quedando de pie sobre el estribo, sin agarrarse á la barra de la plataforma, quedó un momento en aquella posición, como un acróbata que espera un aplauso: luego abrió la portezuela y entró, causando la admiración de todos. Mi vecino no mostró, sin embargo, emoción alguna.

—Es una maestra de ciclismo para señoras,—dijo, ó por mejor decir, murmuró.—Hace dos años obtuvo un premio.

Y como yo le dijera que era la primera vez que vela subir una señora al tranvía de modo tan insólito.

—Lo creo,—replicó.—En Turín no hay más que cuatro.

La seguridad con que dijo esto, como hubiera afirmado:—No hay más que cuatro estatuas ecuestres;—me llamó la atención. Mi interlocutor las enumeró, contando con los dedos:

—La que acaba de subir, una; otra que monta en la línea de la Crocetta, examazona del Circo, que se casó, dos; una muchacha de servicio, medio loca, que viaja en la línea del Valentino, tres, y una florista, que sube cerca de Porta Palazzo, cuatro.

Era un hombre admirable que no tenía precio para mí. Él continuó dándome detalles, diciendo que la más admirable de todas era la florista, pues aun cuando joven era una mole de carne que á lo menos pesaba un centenar de kilogramos. Subía dia-



riamente, á igual hora, al tranvía del Puente Isabel, en una esquina de la calle de Milán. Había algunos aficionados que esperaban el espectáculo y, cuando en el coche había jóvenes de buen humor, gritaban á una: ¡Hala! ¡Hala! en el acto de tomar carrera, y luego: ¡Bravo! ¡Bien! aplaudiendo, y ella, que era un tanto burlona, les daba las gracias antes de sentarse con el ademán de las bailarinas en las tablas.

—¡Ah!—dijo terminando;—el tranvía es una gran cosa para el que no tiene ocupación fija.

Mientras el hombre lampiño contaba estos detalles, se habían sentado en el interior, uno enfrente de otro, un anciano fraile capuchino, pequeño y amojamado como una momia, y un subteniente de cazadores alpinos, muy joven, los cuales se examinaban mutuamente con gran atención, como dos seres extraños uno á otro, que por primera vez tuvieran ocasión de contemplarse despacio, y ellos y una hermosa aldeana del Viú, que se había sentado en el fondo, con su gran cofia blanca y su corpiño rojo, formaban con los demás pasajeros un contraste tan evidente y entre sí eran tan diferentes de aspecto y de traje, que los ojos de los pasajeros se fijaban sucesivamente en cada uno de ellos, como si fueran tres personajes teatrales que representarían en aquel momento una situación extraordinaria.

Contemplando estaba aquella escena muda, cuando paró el tranvía, bajó el hombre lampiño, y subió y se sentó, con un niño sobre las rodillas, una mujer del pueblo, de robustas formas y aire despejado.

El conductor cortó dos billetes y ella entregó diez céntimos únicamente.

—También debe pagar el niño,—dijo el empleado con marcado acento modenés.

—¿Un niño de esta edad?—preguntó bruscamente la mujer.

—Precisamente porque es de esa edad. El reglamento no excluye sino á los niños de teta. ¿Está aún en la lactancia el suyo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si toma leche.

—Sí, señor; todas las mañanas, en cuanto lo levanto.

—No, no es eso. Si le da usted de mamar.—Y añadió, señalando los pechos:—Si toma leche de usted.

—¡Bah!—exclamó la mujer al ver el gesto.—¡Haga usted el favor de guardar las formas!

Todo el mundo soltó la carcajada, ella miró á los pasajeros con ojos furibundos, y después rió ella también, confesando con mucha gracia que había fingido ofenderse para embrollar el asunto, con la cual declaración volvieron á repetirse las risas.

El buen humor era general. En la esquina de la calle Baretti, subió una señora de unos cincuenta años, fresca y rechoncha, con un sombrero estafalarío y una maceta de flores en la mano. Entró en el momento en que el tranvía arrancaba de nuevo, perdió el equilibrio y cayó sentada sobre las rodillas del oficial, lanzando un chillido. Fué una escena instantánea; pero el espectáculo de aquella mu-